

FRANCISCO BRINES

Apunte de viaje



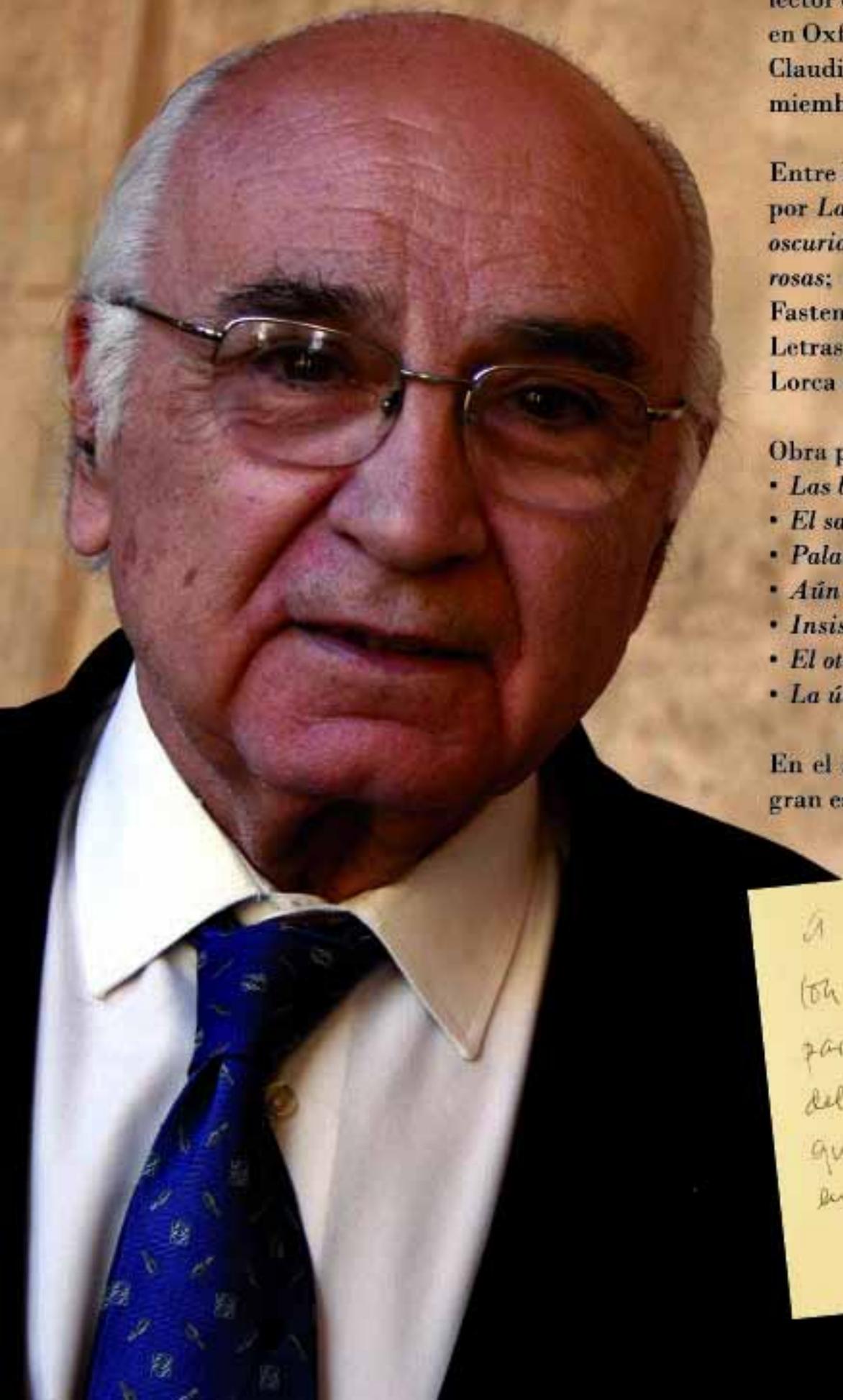
*poemas de Francisco Brines
ilustraciones de José Vergara Peris*



GENERALITAT
VALENCIANA



Biblioteca
Valenciana



Francisco Brines Bañó nació en Oliva en 1932. Estudió en el colegio de San José de Valencia y cursó Derecho y Filosofía en las Universidades de Deusto, Valencia, Salamanca y Madrid. Fue lector de Literatura Española en Cambridge y profesor de Español en Oxford. Pertenece a la generación de los 50 junto a poetas como Claudio Rodríguez y José Ángel Valente. En 2001, fue nombrado miembro de la Real Academia Española.

Entre los premios recibidos, destacan: el Adonáis de Poesía en 1959 por *Las Brasas*; el Premio de la Crítica en 1967 por *Palabras en la oscuridad*; el Premio Nacional de Poesía en 1987 por *El otoño de las rosas*; el Premio de las Letras Valencianas en 1987; el Premio Fastenrath en 1998 por *La última costa*; el Premio Nacional de las Letras Españolas en 1999; el Premio de Poesía Federico García Lorca en 2007; y el Premio Reina Sofía de Poesía en 2010.

Obra poética:

- *Las brasas* (1960).
- *El santo inocente* (1965).
- *Palabras a la oscuridad* (1966).
- *Aún no* (1971).
- *Insistencias en Luzbel* (1977).
- *El otoño de las rosas* (1986).
- *La última costa* (1995).

En el año 2013, el Consell acordó dedicar el Día del Libro a este gran escritor.

A la Biblioteca Valenciana,
con mi gratitud a su acogida
para que la poesía se oírca
del aire de su patio, en el
que el tiempo parece detenido
en armonía sin memoria.

Francisco Brines

Transcripción de la dedicatoria:

A la Biblioteca Valenciana
con mi gratitud a su acogida
para que la poesía se oírca
del aire de su patio, en el
que el tiempo parece detenido
en armonía, sin memoria.

(Libro d'Or de la
Biblioteca Valenciana,
octubre del 2007)

JUNTO A LA MESA

A Vicent Andrés Estellés

Junto a la mesa se ha quedado solo,
debajo de las vigas, en penumbra
los muros. Los naranjos arden fuera
de luz, y el mar de velas blancas, suben
encendidos los pinos por el monte.
En la madera del balcón las horas
se detienen, y el mundo se imagina
con el amor que quiere el pecho. Crece
la sala dentro, y el rumor del aire
llega hasta el corazón, como se queda
la soledad del polvo en una rama.
Inclina la cabeza, y en su gesto
nada adivinaría nadie; él
sabe que las tristezas son inútiles
y que es estéril la alegría. Vive
amando, como un loco que creyera
en la tristeza de hoy, o en la alegría
de mañana. La tarde entra en la casa
y apaga la madera del balcón,
su llama roja. Ay, se muere todo,
pasa la luz, la flor, los sentimientos
se marchitan, las fuerzas van perdiéndose.
Los ojos, soñadores, cuando avanzan
los días y envejecen, nada nuevo
quieren. Con lentitud viaja aquel hombre,
sale a la puerta de la casa, mira
los campos, las alturas, los primeros
astros del cielo, reconoce el mundo.
Alguien llega del bosque, con su cesta
luminosa de grillos, sus callados
fuegos de hierba seca. Él conoce
quién es, toca la sombra del gigante,
le sonríe. Y enciende las ventanas,
deja la puerta abierta, le saluda
con dulce voz, y espera que se aleje.

Francisco

(Las brasas, 1960)



ELCA

A Juan Bautista Bertrán

Ya todo es flor: las rosas
aroman el camino.
Y allí pasea el aire,
se estaciona la luz,
y roza mi mirada
la luz, la flor, el aire.

Porque todo va al mar:
y larga sombra cae
de los montes de plata,
pisa los breves huertos,
ciega los pozos, llega
con su frío hasta el mar.

Ya todo es paz: la yedra
desborda en el tejado
con rumor de jardín:
jazmines, alas. Suben,
por el azul del cielo,
las ramas del ciprés.

Porque todo va al mar:
y el oscuro naranjo
ha enviudado en su flor
para volar al viento,
cruzar hondas alcobas,
ir adentro del mar.

Ya todo es feliz vida:
y ante el verdor del pino,
los geranios. La casa,
la blanca y silenciosa,
tiene abiertos balcones.
Dentro, vivimos todos.

Porque todo va al mar:
y el hombre mira el cielo
que oscurece, la tierra
que su amor reconoce,
y siente el corazón
latir. Camina al mar,
porque todo va al mar.

Juan Bertrán

(Palabras a la Oscuridad, 1966)



PALABRAS PARA UNA DESPEDIDA

A Juan Gil-Albert

Está la luz despierta,
y se adentra en los ojos el contorno del monte,
y el grito de los pájaros desvanece el oído
al venir de los húmedos huertos.
Los blancos pueblos de la costa,
felices de lujuria y juventud,
alientan junto al mar, lejanos.
No estoy allí, mas lo que fui deseo:
la dicha viva, los sentidos borrados,
ahora que en el jardín el tiempo se arrincona en las
sombras,
y el olor de las rosas sube al aire.
Hay humos blancos y calladas palomas
en la altura, y voces que se alejan,
hay demasiada vida para una despedida.

Y un día habrá de ser,
sin que la grata luz, las voces de la casa,
los cultivos del huerto, los días recordados
de la remota y breve juventud,
ni tampoco el amor que me tenéis,
retrasen la obligada despedida.

Tendré que aposentarme en la aridez,
y perdida la imagen de este mundo
y perdido yo mismo,
siento que aquel reposo será estéril,
que la vida no fue, que el fervor
de cualquier despedida es un engaño.

Juan García

(Aún no, 1971)



CANCIÓN DE LOS CUERPOS

La cama está dispuesta,
blancas las sábanas,
y un cuerpo se me ofrece
para el amor.

Abramos la ventana,
entren calor y noche,
y el ruido del mundo
sea sólo el ruido
del placer.

Que no hay felicidad
tan repetida y plena
como pasar la noche,
romper la madrugada,
con un ardiente cuerpo.
Con un oscuro cuerpo,
de quien nada conozco
sino su juventud.

Francisco Brindley

(*Insistencias en Luzbel*, 1977)



EL OTOÑO DE LAS ROSAS

Vives ya en la estación del tiempo rezagado:
lo has llamado el otoño de las rosas.
Aspíralas y enciéndete. Y escucha,
cuando el cielo se apague, el silencio del mundo.

Francisco
(*El otoño de las rosas*, 1986)

LA DESPEDIDA

Ya está, tras el recodo, la vejez,
como un árbol sin hojas. Parémonos
aquí, por un momento, bajo el cielo
que da el velo dorado a las palmeras
y pásame la mano por el hombro.
Respiremos la luz que se hace oscura
y alarga las distancias: un engaño,
que es la piedad de un dios. Él favorece
la dura despedida con tu vida.
Tú habrás de regresar, y harás camino
de nuevo por el mundo tan amado;
van contigo mi amor y mi silencio.
Mas espera a la noche todavía:
cuando aparezca arriba el primer astro
nos diremos adiós, y me iré solo.

Francisco
(*El otoño de las rosas*, 1986)



LA FABULOSA ETERNIDAD

Es rosa el monte tras el mudo huerto
del otoño. Los pájaros confunden
ramas, vuelos y trinos; y en el mar
se adormecen las velas solitarias.
Cuelgan de las palmeras los dorados
racimos, y los aires vienen breves
a golpear las ramas del naranjo.
Un aroma de tardíos jazmines
da a mi carne vigor, y juventud.
Los rosales son zarzas y son fuego:
se desnudan de olor. Y son sus flores
sangrientas, blancas, rosas, amarillas.
La casa esplende bajo el sol tardío;
el tiempo es una luz ya muy cansada.

Puntean las estrellas, y algún frío
baja el azul; es hosca la llegada
de los cuervos que baten el pinar.
Aquí, en este lugar, supo mi infancia
que era eterna la vida, y el engaño
da a mis ojos amor. Hoy miro el mundo
como el amante sabe, abandonado,
que quien le desdeñó le merecía.

Juan Carlos

(*El otoño de las rosas*, 1986)



EL REGRESO DEL MUNDO

Abrir los ojos, después de que la noche
recluyera los astros en su amplia cueva rasa,
y ver, tras del cristal,
ya visibles los pájaros
en el fanal aún pálido del sol,
moviéndose en las ramas.

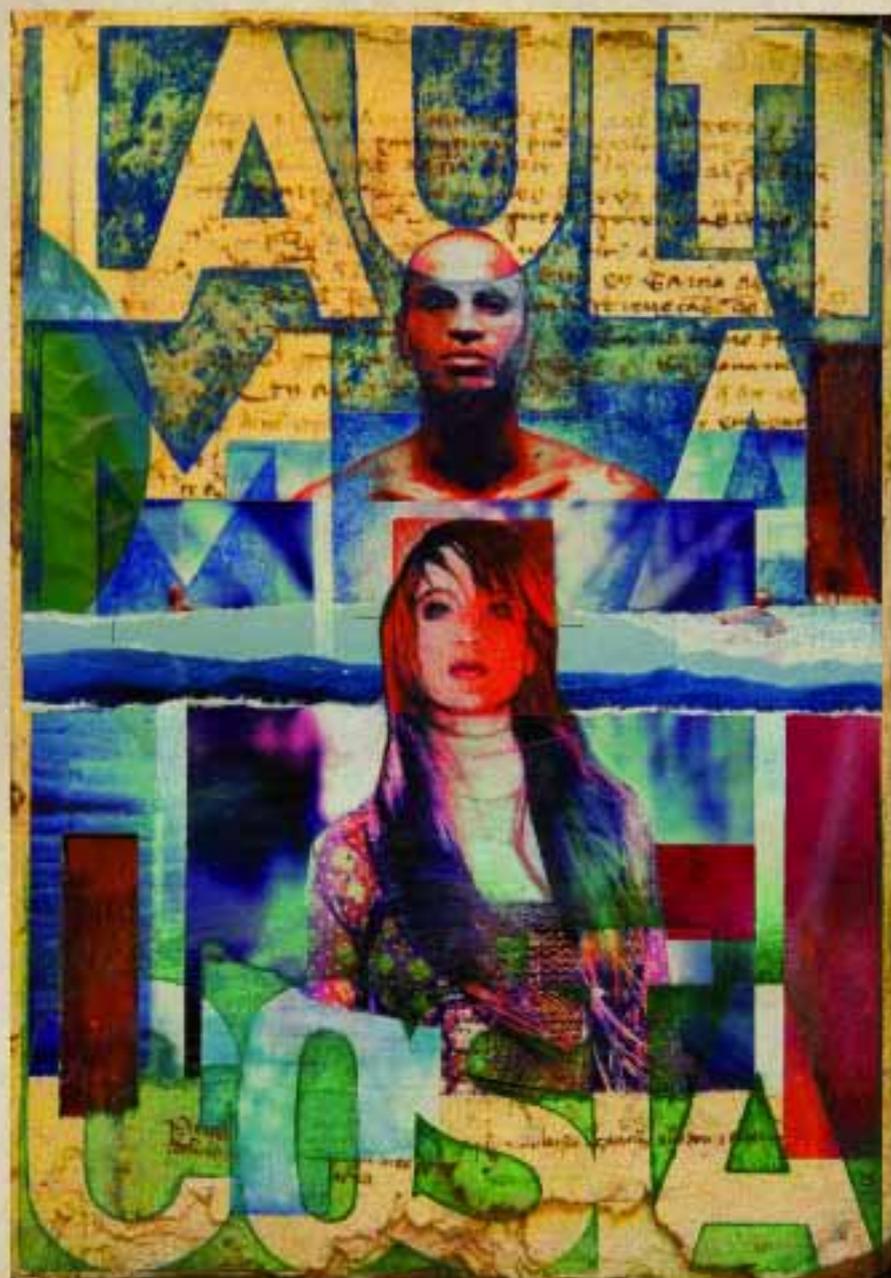
Y cantos que hacen mía la bóveda del aire.

Y sentir que aún me late en el pecho
el corazón del niño aquel,
y amar, en la mañana, la vida que pasó,
y esta maga sorpresa
de amar aún el mundo en la mañana.

Y en el nombre del mar, que está lejano
y azul, siempre tendido
desde el remoto amanecer del mundo,
persignarme la frente, luego el pecho,
los delicados hombros que ahora rozo,
y besar, con los labios del niño rescatado,
este mundo tan viejo,
que hoy no alcanzo a saber
por qué, si el amor no se ha muerto,
me quiere abandonar.

Francisco

(*La última costa*, 1995)



APUNTE DE VIAJE

(En coche)

Las ventanas reflejan el fuego de poniente
y flota una luz gris que ha venido del mar.
En mí quiere quedarse el día que se muere
como si yo, al mirarle, lo pudiese salvar.

¿Y Quién hay que me mire y que pueda salvarme?
La luz se ha vuelto negra y se ha borrado el mar.

Francisco
(*La última costa*, 1995)

ANTES DE ENTRAR EN LA LUZ

He de entrar en la luz que está ciega,
en donde la ignorancia borraré el conocer.
No habrá respuesta nunca.
Afuera ha de seguir la luz del sol
que da goce y tortura a los humanos,
viviendo en la pregunta que ahora mismo,
porque en la luz no ciega habito todavía,
dirijo al mundo amado.

He de entrar en la Luz, esa luz ciega,
y estoy aquí, llenos de amor los ojos,
mendigando qué soy,
por qué, como si fuese un dios, el sol es mío.

Francisco
(*La última costa*, 1995)



MIS TRES FAUCES

El perro aquél aulló varios veranos,
siempre solo en la casa abandonada.

Aún sigue su terror en mis oídos,
dentro de mi aúllan
(con el miedo de Cristo abandonado
en el ciego olivar)
las fauces de aquel perro, tan sediento
de alguna compañía,
en aquel cielo azul que se apagaba
por entre las palmeras y naranjos
donde mi juventud
se miraba en el mundo.

Yo soy ahora el perro, que aún no ha muerto,
y soy también el miedo de Cristo abandonado
en el viejo olivar,
bajo los astros fríos.

Mis tres fauces:
del animal que soy,
del Dios (que me abandona)
y estos restos de espíritu y de carne
que se muerden.

faucetina
(Yo descanso en la luz, 2010)

